

LA VIDA CRISTIANA EN SANTA JOAQUINA DE VEDRUNA

Si la santidad es la unión con Dios y la vida cristiana es la vida unida a Cristo, la vida cristiana es necesariamente una vida santa. Cuando esta vida santa llega a su perfección de tal modo que resulte un ejemplo y un estímulo para todos los cristianos tenemos el santo canonizable. Una canonización no es más que la confirmación por parte del Magisterio Supremo de la Iglesia acerca del grado heroico, del grado perfecto de vida cristiana a la que ha llegado un hombre o una mujer. Por ésto una canonización siempre representa un acontecimiento digno de comentario, porque es uno más de nosotros, que ha cumplido en sí mismo este alto ideal de la santidad. Si, por otra parte, este santo es más nuestro por circunstancias geográficas, espirituales o de raza, resulta mayor el interés y la ejemplaridad. He aquí pues, un motivo poderoso para acercarnos a estudiar con veneración una Santa nuestra acabada de canonizar: Santa Joaquina de Vedruna de Mas.

La vida humana es compleja y no se puede abarcar en unas pocas páginas. Por ello hemos de imponernos unos límites, un método de trabajo y un objetivo particular y concreto que no tienen por que ser mejores o más acertados que los que otros pueden haberse impuesto.

Por razones del ministerio sacerdotal me he visto obligado a estudiar de un modo particular la vida y espíritu de la Santa a través de algunas biografías y otros pequeños trabajos a ella dedicados. De hecho las tres vidas más importantes existentes en español parecen ser la del Cardenal Sanz y Forés (1), la del Padre Jaime Nonell, S. I. (2) y la del Padre Ignacio de Pamplona, O. M. Cap. (3). Todas estas Vidas junto con otros folletos de menor importancia nos dan una idea más o menos perfecta de la Historia de Santa Joaquina por lo que se refiere a lo anecdótico y a la documentación que de ella se conserva, indicándonos además al paso o expresamente la ejemplaridad de la Santa y sus virtudes. A pesar de ello, quizá pueda afirmarse que no se ha afrontado seriamente un estudio de la espiritualidad, del alma de Santa Joaquina. Creo que valdría la pena insistir en un estudio de esta

(1) *Vida de la Madre Joaquina de Vedruna de Mas, fundadora del Instituto de Religiosas Carmelitas de la Caridad* por el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal D. Benito Sanz y Fores, Arzobispo de Sevilla 2.^a ed. Vich Editorial Seráfica, 1930. 235 págs. Comprende la biografía y un capítulo dedicado al análisis de las virtudes de la Santa

(2) *Vida y virtudes de la Venerable Madre Joaquina de Vedruna de Mas, fundadora del Instituto de las Hermanas Carmelitas de la Caridad*, por el P. Jaime Nonell, S. J. Establecimiento tipográfico de San José. Manresa, 1905 Tomo I, 557 págs. Tomo II, 560 págs. Sin duda es la biografía más erudita conteniendo transcritos multitud de documentos. Sigue un orden rigurosamente cronológico, con frecuencia de año en año

(3) *Vida y Obra de la insigne educadora Santa Joaquina de Vedruna de Mas*, por el Rdo. Padre Ignacio de Pamplona, O. M. Cap. 5.^a ed. Editorial Colsa. Madrid 1958. 236 págs. Trae algunas estadísticas de la expansión del Instituto.

indole tanto en el aspecto teológico como desde un punto de vista psicológico. Una visión unitaria de su método pedagógico ha sido trazada por una Religiosa del mismo Instituto que Santa Joaquina fundara (1). Otro trabajo que se refiere más o menos a este mismo tema ha llegado a mis manos. Su autor es el P. Rodolfo Fierro Torres, S. D. B. (2).

El hecho de que mi bibliografía no sea, ni con mucho, exhaustiva me excusa de hacer un trabajo estrictamente original e intachable. No se trata, pues, de un estudio completo. Es más bien un esbozo de lo que podría ser un trabajo de esta índole. Un trabajo hecho con un sentido de unidad y enmarcado dentro de un esquema lógico, a fin de que resulte para nosotros más fructífero el ejemplo de nuestra Santa. Mi máxima ilusión sería que esta visión esquemática estimulara a alguna persona con mayor tiempo y capacidad para escribir una Biografía espiritual de Santa Joaquina de Vedruna que pudiera servirnos de refección espiritual a los hombres de nuestro tiempo.

El método que se ha seguido para hacer este estudio es el siguiente. Una información lograda con los libros reseñados en las notas anteriores ha sugerido una concepción unitaria de la vida cristiana en el alma de Santa Joaquina. Se ha estructurado así un esquema de su santidad. Se ha objetivado, es decir, se ha intentado dar una visión de la santidad cristiana en general, ilustrada con ejemplos y palabras de Santa Joaquina. Como es normal, las directrices teológicas de esta santidad son plenamente «ortodoxas». Quiero decir con esta palabra que a través de Santa Joaquina he llegado a la concepción correcta de la vida cristiana. Por ésto el título del presente trabajo es precisamente la vida cristiana, referida o encontrada en la vida y las palabras de Santa Joaquina de Vedruna.

I. - CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DE LA VIDA CRISTIANA

a) Un hecho: «Mi Dios y todas las cosas»

Dios ha llenado el mundo por amor. La Creación es como un derramarse del exceso de ser de Dios. La Bondad de Dios es comunicativa de sus haberes, de su ser. El Bien es difusivo de sí mismo, decían los escolásticos (3). Por esto no se puede concebir un mal irremediable, absoluto, más que en el apartamiento de Dios, en el deseo de ser nada, en el pecado.

Una concepción verdadera de nosotros con respecto de Dios es la idea de una inmersión, de un estar rodeado de Dios: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus*. Porque en Él vivimos y nos movemos y existimos (4).

Esta es la única concepción verdadera, pero no es la única concepción que-

(1) *La Beata Madre Joaquina de Vedruna de las*, Educadora. Conferencias que se dieron en los cursillos ascético-pedagógicos de Valencia y Vitoria en el Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad, por una Religiosa del mismo Instituto. José Cantero, Editor. Beatas, 8 Barcelona.

(2) *Una insigne educadora. Santa Joaquina de Vedruna*, por Rodolfo Fierro Torres, S. D. B. (de la Revista «Atenas») (hallado en los núms 26 y 27 de El Cruzado español. No está completo).

(3) S. Thomas. *Summa Theol.*, 1, q. 5, a. 4.

(4) *Hechos de los Apóstoles*, 17, 28.

vida. Por esto aunque en el mundo del ser y del obrar no podemos prescindir de Dios — el pecador para pecar necesita la ayuda de Dios que le conserva la vida y las fuerzas — podemos no inclinarnos ante estas exigencias del ser, podemos volvernos de espaldas a Dios — *aversio a Deo* — inclinándonos a preferir otras cosas, que serán, sin duda, criaturas de Dios — *aversio ad creaturas*. — Esto es precisamente lo contrario a la santidad. Es la alteración de las mismas leyes del ser. Es por lo que podemos llamar perversión al pecado.

Los santos tienen una sensibilidad *metafísica* extraordinaria. Estas *abstracciones* son el primer pensamiento motor de una santidad. El santo es un hombre que ha visto claro dos cosas; una, que hay que estar de cara a Dios — *aversio ad Deum* — aun a riesgo de ponerse de espaldas a las cosas creadas — *aversio a creaturis*, — y otra, que ésta es una condición *universal* del ser creado. Por tanto, es algo que deben hacer todos los hombres atendiendo a Dios mismo que dice: *Haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra*. La voluntad de Dios es vuestra santificación. (1).

Sean cuales sean los inicios circunstanciales de la entrega total a Dios, estas dos ideas están en la raíz de ellos. De este modo Santa Joaquina contestaba a su madre asombrada de su espíritu de recogimiento y oración: «Mamá, lo que yo hago creo que puede hacerlo cualquiera. Cuando en el jardín arranqué una mala hierba, pido a Dios que arranque de mi corazón todo afecto pecaminoso; cuando pongo los alfileres en la almohadilla y cuando trabajo en mi encaje o en el bastidor, pienso en las espinas que clavaron en la frente del buen Jesús con la corona tejida de ellas...» (2). Este ingenuo y sencillo texto correspondiente a los primeros años de la vida de la Santa nos hace ver las tres ideas de las que acabamos de hablar, clavadas ya en la conciencia de la niña Joaquina. La idea de que las cosas santas son asequibles a todos: «lo que yo hago creo que puede hacerlo cualquiera»; el pensamiento fijo en Dios: «...pienso en las espinas que clavaron en la frente del buen Jesús...»; la idea de que es necesario apartar obstáculos para llevar la vida de acuerdo con la voluntad de Dios: «...pido a Dios que arranque de mi corazón todo afecto pecaminoso.».

b) Un camino: Somos cristianos.

San Pablo nos dice que Dios «a los que conoció, los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo», (3). Jesucristo es para nosotros el modelo a imitar, el camino a seguir. Es «el primogénito entre muchos hermanos» (4) que ha venido para hacer la voluntad de Dios (5).

Los santos son las imitaciones más perfectas de Cristo, son las almas más cristianas. Por esto usamos indistintamente el término santidad y vida cristiana.

Esta *cristianización* adopta dos aspectos. El primero se refiere a la *imitación* de

(1) *I tesalonicenses*, 4, 3.

(2) P. Ignacio de Pamplona, op. cit. p. 13.

(3) *Romanos*, 8, 29

(4) *Romanos*, 8, 29.

(5) cfr. *Hebreos*, 10, 7: «Entonces yo dije: Heme aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!... tu voluntad».

Jesucristo. Todos los santos reflejan de una manera particular e inalienable en sus virtudes la imagen de Jesús. Esto es tan absolutamente claro para todos, que podemos considerar innecesario insistir más ahora, toda vez que hablaremos a lo largo de este trabajo de varias de las virtudes sobresalientes en Santa Joaquina que son la plasmación concreta de su modo de ser cristiana. En lo que podemos insistir es en curiosas coincidencias de tipo general y hasta cierto punto externas, que se dan en la vida de Santa Joaquina con referencia a la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Santa Joaquina tuvo una parte de su vida que pudiera llamarse de desarrollo normal, porque en ella no se distinguió absolutamente de ninguna persona de su clase y condición más que en el fuego interior que la consumía. Desde su nacimiento hasta prácticamente el año 1820 al encontrarse con el P. Esteban de Olot, cuando Santa Joaquina tenía 36 años, su vida permanece *oculta* en el anonimato. Hija dócil, madre amorosa y viuda diligente, participa aun a veces de determinadas características de la época que a nosotros nos resultan poco agradables.

A partir de este tiempo Santa Joaquina entra en la *vida pública* con la fundación y expansión del Instituto. Aunque con dificultades, el Instituto va creciendo bajo su mirada y su tutela.

Es al final de su vida cuando se quiere prescindir de ella, se la pospone sin ninguna atención a sus trabajos y al hecho de ser prácticamente la única responsable del Instituto. Es el fracaso personal de Santa Joaquina: *la subida al Monte Calvato*. Véase la sobriedad y la entereza del consuelo que una mujer fuerte, su hija Ines, dedicaba a la Santa en sus últimos días: «Con esta fundación de las Hermanas ha hecho Vd. una obra muy grande, de mucha gloria de Dios y bien de las almas. Por todas partes piden Hermanas: no se pueden recibir todas las que se presentan por falta de local, y Vd. ha dicho varias veces que después de su muerte sería todavía con más afluencia. Todo esto no deja de darle cierta satisfacción natural y Dios, que la quiere a Vd. muy santa, ha permitido todo esto, para que vea antes de su muerte que las Hermanas se pasarán muy bien sin Vd., que las cosas seguirán el mismo rumbo y quizá mejor que cuando Vd. las dirigía. Todo esto cuesta a la naturaleza; pero Dios quiere purificarla de este modo de toda satisfacción natural, y debe Vd. querer lo que Dios quiere» (1). Realmente Santa Joaquina había seguido a Cristo en la Cruz de acuerdo con lo que inculcaba a sus hijas al entrar en el Instituto: «Gracias al buen Jesús que tenemos otra Hermanita que nos ayudará a llevar la Cruz» (2). Como en todos los auténticos Santos la Cruz era el camino de la Gloria: «Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con El» (3). Así el día de la Ascensión era ocasión particular de insistir en la Cruz cuando se estaba ya tocando el cielo: «A ver cuantas de vosotras, hijas mías, se sienten con deseos de acompañar a Jesucristo en la montaña y seguirle en espíritu hasta lo más alto de los cielos... Jesús nos quiere muchísimo y nos quiere llevar en pos de sí no solamente en los trabajos, más también en la gloria. Trabajemos, hijas mías, por imitarle, prime-

(1) Nonell, ob. cit. II, 439.

(2) Nonell, ob. cit. II, 157.

(3) Romanos, 6, 8.

ro en padecer por su amor, ya sea en sufrir la pobreza, ya en padecer los desprecios de los mundanos, ya en las incomodidades de los destinos» (1).

Un segundo aspecto de la cristianización es la *búsqueda amorosa* de Jesús, el anhelo de serle propio, de tenerlo como esposo a quien contentar, a quien servir y mimar. Es posiblemente en muchos casos adaptación más peculiar del alma femenina que busca ser compañera para cumplir su destino esencial. Esta fué la palabra de Dios cuando Adán «no encontraba ayuda semejante a él» (2). *

Lo que distingue las almas santas de las demás en este aspecto se refiere sobre todo al auténtico sabor teológico que tienen sus aspiraciones, a la corrección con que se desarrollan sus apasionamientos, sus quejas amorosas, sus búsquedas;

¿A dónde te escondistes,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido,
Salí tras tí clamando y eras ido.

En la visión esquemática que intentamos dar no caben multitud de citas que nos certificarían de esta altura espiritual de nuestra Santa. Valgan por todos los testimonios siguientes en los que Jesús es buscado de un triple modo. En primer lugar Santa Joaquina buscaba a Jesús en su Cuerpo místico, la Iglesia. He aquí el testimonio de unas de sus nietas, hija de Doña Inés. Dice así: «De lo que se gloriaba mi amada abuela, a imitación de Santa Teresa, era de ser hija de la Santa Iglesia» (3). La seguridad con que los Santos *olfatean* — permítaseme la expresión — la verdad de que Cristo y su doctrina han de ser hallados a través de esta sociedad humano-divina que llamamos Iglesia es admirable, sobre todo teniendo en cuenta que por el trato asiduo con representantes más o menos calificados de esta Iglesia, ven con frecuencia miserias y errores que no son precisamente aptos para aumentar esta fe en la Iglesia.

En segundo lugar y como es natural, uno de los caminos más socorridos para encontrar a Cristo fué para Santa Joaquina la *devoción tierna a la Eucaristía*. Innumerables testimonios podríamos citar. Bástenos el de una testigo presencial de la vida de comunidad al principio del Instituto. «Qué fiestas tan alegres y devotas eran para nosotras las del *Corpus* y del Sagrado Corazón de Jesús! En ellas veíamos a nuestra Madre vivamente inflamada de amor a Jesús Sacramentado... ¡Qué dicha, hijas mías, — exclamaba, — es la nustral. Allí tenemos a nuestro Padre, a nuestro esposo. Allí está prisionero de amor por nosotras...»

Finalmente otra característica de infalible valor para equilar el Cristianismo de una persona es la certeza presentida y practicada de que donde más asequiblemente podemos hallar a Cristo es en los brazos de su Madre. Las anécdotas marianas se cuentan entre las más simpáticas de la vida de la Santa. Su devoción a *María Santísima bajo la advocación de la Virgen del Carmen, a la que quería que*

(1) Nonell, ob. cit. II, 154.

(2) Génesis, 2, 20.

(3) Nonell, ob. cit. II, 11.

profesara particular devoción, el señor obispo que debía ser nombrado después del interregno subsiguiente al asesinato del obispo Strauch (1), era extraordinaria. Bajo su advocación está el Instituto que fundó. Por otra parte en la iglesia de la Divina Pastora a quien regaló sus joyas, nació espiritualmente esta gran obra de Dios, que fué también obra de María.

c) *Un impulsor: «Veni Creator Spiritus».*

Un análisis somero de la vida de los Apóstoles antes y después de la venida del Espíritu Santo – antes, llenos de cobardía y falsos temores; después, dispuestos a afrontar todos los poderes de la tierra – nos indica qué oficio representa dentro de la vida de los cristianos y de la Iglesia la tercera persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo. Resulta claro también en la lectura del Evangelio el papel preponderante que en la vida del alma le asignaba el propio Jesús. Lo que no es tan obvio es como una mujer sin cultura especial, en un siglo de decadencia teológica y de falta de sentido profundo en la piedad cristiana pudo anticiparse casi cien años en la devoción al Espíritu Santo. Su Santidad León XIII mandó que se rezara todos los años la novena al Espíritu Santo la semana anterior a Pentecostés. Santa Joaquina: «desde el día de la Ascensión hasta el de Pentecostés nos mandaba hacer una novena al Espíritu Santo, para conseguir de El nos comunicase los mismos dones, con los cuales aquel santo día enriqueció a los Apóstoles» (2).

Estos dones del Espíritu Santo que son las capacidades receptoras de las gracias de Dios se manifiestan en los Santos de una manera particular y sobresaliente, con lo que conocemos la alta categoría de su vida cristiana. Usando un ejemplo moderno podríamos decir que por obra de estos dones somos receptores de alta fidelidad. Con ellos y las virtudes que nos dan el poder de hacer sobrenaturalmente nuestras obras humanas nuestra alma está elevada al plano superior de la vida de Dios.

Un análisis más detallado del alma de Santa Joaquina nos llevaría seguramente a ver más claramente la actuación del Espíritu Santo en su alma por medio de las virtudes y los dones, de un modo particular por el Don de Fortaleza, de Consejo y de Piedad. Su triple misión de Fundadora, Superiora y Religiosa manifestaron palpablemente la gracia de Dios, Espíritu Santo. Por otra parte el mismo Espíritu Santo ha querido terminar su labor velando por la expansión del Instituto y asistiendo de un modo especial al Santo Padre Juan XXIII al elevar a nuestra Santa al honor de los altares.

d) *Un objetivo: La vida divina.*

Dios no es puramente el Ser por excelencia del cual todos dependemos en el ser, en el vivir, en el obrar. Dios nos es más conocido. En su infinita condescenden-

(1) P. Ignacio de Pamplona ob cit. 43.

(2) Nonell, ob cit II, 155.

cia nos ha explicado *-revelado-* sus secretos de «familia», su Vida íntima. La Revelación nos certifica que en Dios hay tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo y es en estos nombres que empieza nuestra vida cristiana: «Yo te bautizo en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo».

Cristo vino al mundo para que fuéramos gloria y alabanza del Padre, para que pudiéramos vivir en el seno de la Santísima Trinidad. Nuestro último fin es Dios y Dios es la Santa e Indivisa Trinidad. Esto es el cielo. Como dice Sor Isabel de la Trinidad (1), que ya podemos empezar a vivir desde la Tierra. La vida cristiana, la santidad está ya en la auténtica línea de nuestra felicidad. Es por esta razón que el alma cristiana consciente de su destino desemboca en una devoción profunda al gran Misterio. Buena piedra de toque es, de falsas y sensibleras piedades, este Misterio central. Otra vez Dios conducía el alma de Santa Joaquina, que buscaba sinceramente los caminos de Dios. Oigamos la misma testigo presencial tantas veces citado: «La más favorita de sus fiestas fué siempre la de la Santísima Trinidad. Decía que era la que más solemnemente celebraban los cortesanos y bienaventurados del cielo allá en la corte celestial. Quería que nosotros nos uniésemos en Espíritu con aquellas almas dichosas...» (2).

Vale la pena notar que la Fiesta de la Santísima Trinidad es en la vida del pueblo cristiano, exceptuando el oriental, una Fiesta poco esplendorosa. Realmente la vida piadosa de Santa Joaquina tiene el sonido (*dring*) de lo verdaderamente auténtico y genuino.

II. - LAS CONDICIONES ESENCIALES DE LA VIDA CRISTIANA.

a) Disponibilidad.

Dice San Pablo que «nadie puede decir, Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo» (3). Todo un tratado de Teología el Tratado de la Gracia nos explica cuidadosamente la necesidad de los auxilios de Dios para que nuestra vida pueda tener un sentido trascendente, sobrenatural. El gran Doctor de la gracia, San Agustín, insiste contra ciertos herejes que ni orar podemos sin el auxilio de Dios. Estos heterodoxos comparaban al alma sin gracia, a un enfermo que no puede sanar sin el auxilio del Médico divino, pero a la vez admitían que el alma podía con sus solas fuerzas llamar *-orar-* al Médico que podía sanarla. A esto se ha opuesto siempre la doctrina católica (4) que, a la vez que reconoce agradecida la amplia largueza de gracias con que Dios nos invita a todos a la santidad, hace notar la radical impotencia del hombre para todo acto que tenga referencia a la vida sobrenatural.

(1) «He hallado mi cielo en la tierra, puesto que el cielo es Dios y Dios está en mi alma». P. M. M. Philitpon, O. P. *La Doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad, DeDebec*. Desclee de Brouwer, Buenos Aires. 1943. p. 247.

(2) Nonell, ob cit II, 156.

(3) I. Corintios, 12, 3.

(4) Cfr. L. Lercher, S. J. *Institutiones Theologiae Dogmaticae*. Vol. IV/1. Edit. Herder. Barcelona, 1945. pp. 253 ss.

Hay, pues, una posición pasiva perfectamente justificada en la colaboración que el alma debe prestar a Dios en el delicado trabajo de su propia santificación. El Santo busca ser el menor obstáculo posible a la acción de Dios. Por esta razón, su gran preocupación es el cumplimiento de la voluntad de Dios. Este anhelo de conformación con la idea que Dios tenga de su propia alma, es lo que caracteriza y condiciona la vida de los santos y aun de los cristianos, cuya condición esencial de vida es el cumplimiento de las voluntades o mandamientos de Dios.

No puede ser Santa Joaquina una excepción, sino todo lo contrario. A lo largo de su agitada vida, puede verse su docilidad, conformación y entrega a los caminos de Dios. Además, su vida presenta indudablemente una peculiar condición de disponibilidad que se manifiesta en la acomodación perfecta a tan diversos estados y circunstancias como fueron los que la Divina Providencia le deparó.

Es esta una de las primeras características que llaman la atención al considerar su vida. Ver como Dios Nuestro Señor la llevó por tan inverosímiles caminos por lo que tienen de variados, hacia la consecución de su santidad extraordinaria. Hija de una familia acomodada, esposa amantísima madre de ocho hijos, viuda y religiosa y últimamente Fundadora y Superiora de un Instituto que rápidamente extiende sus dominios por todo el Principado. Como dice nuestro Señor Obispo en la pastoral «Una gran Santa»: «a les nenes i adolescents, a les donzelles, a les mullers, a les mares, a les vídues, a les que us creieu cridades a la vida religiosa i a les que ja sou al monestir o a l'institut religiós, a vosaltres us fem una exhortació ben especial ja que teniu totes un mirall ben clar on adreçar les vostres mirades i trobar un model on aprendre...» (1). Santa Joaquina cumple en todos los lugares y en todas circunstancias los designios que sobre ella tiene Dios Nuestro Señor.

b) Personalidad.

En nuestro tiempo de exacerbación de los personalismos y también, ciertamente, de sana exaltación de los valores humanos, puede aparecer a veces la disponibilidad de la que hablamos, incompatible con un auténtico desarrollo humano.

Pero el Dios de la sobrenaturalidad no es distinto del Dios de la Naturaleza. No vale, pues, oponer lo verdadero a lo verdadero. Sólo una menguada inteligencia puede creer que hay incompatibilidad entre la receptividad del que se sabe radicalmente inepto para atravesar el muro de lo simplemente humano y la osadía y la fuerza de voluntad necesarias para andar por los senderos de Dios. En la cumbre de los héroes, en la selección más precisa de los humanamente completos hay la galería de los santos. Porque, ¿qué es la personalidad? ¿qué es el hombre? Entre muchas definiciones hay una que es suficiente: El hombre es un ser racional compuesto de alma y cuerpo. La *caña pensante* de Pascal. Todo lo que tienda a hacerle más racional, a que cumpla más perfectamente su definición esencial, representará,

(1) *Una gran Santa*. Santa Joaquina de Vedrun, de Mas, Fundadora de l'Institut de Germanes Carmelites de la Caritat. Carta Pastoral que adreça als fidels diocesans el Bisbe de Vich, Excm i R.ºdm. Dr. Ramon Masnou i Boixeda, p. 18.

sin duda, la exaltación de la persona humana. La personalidad no viene tan determinada por lo diferencial o individual en el sentido de distinto de los demás, como en el «énfasis» — que dirían los ingleses — en lo específicamente humano. La ascética por la que los Santos purificaron su corazón y dominaron sus pasiones es una buena garantía de su personalidad. Sin duda mucho más que el dejarse crecer la barba o el instaurar la moda de ponerse los zapatos al revés.

Al tratar de la personalidad, sin duda alguna, entroncamos decididamente con el problema de la vocación y el destino de cada persona. Dice Tomás Merton. «Para mí ser santo, significa ser yo mismo» (1). Nadie pues, puede ser santo si primero no es uno mismo, si no sigue su propia vocación. Pero la vocación — si con este vocablo no designamos puramente lo que se refiere a la elección de estado — es compleja como el hombre y por esto al analizar la vida de Santa Joaquina no podemos trazar con una sola línea estos rasgos constantes de su personalidad a la que ella fué siempre fiel y que constituyen su vocación o, si queremos, sus vocaciones.

La vocación está apoyada en las aptitudes ya corporales, ya espirituales (intelectuales y morales) y también en los designios más determinados de Dios que se manifiestan esencialmente en la visión clara de determinados problemas y en el deseo sostenido de solucionarlos.

Si queremos, pues, trazar un esbozo de su personalidad quizá resulte claro determinar las tres vocaciones más constantes de su vida que las vemos resurgir siempre y en cada circunstancia en que se encuentra dándole su matiz peculiar.

En primer lugar hay una vocación extraordinaria a la oración. El ejemplo citado de su respuesta a su madre demuestra cuan precozmente esta vocación se desarrolló. Al correr de su vida, sus ansias de consagrarse a Dios, el anhelo frustrado de encerrarse en un monasterio al quedar viuda, su insistencia en la clausura en su Instituto y el prurito de dejar resueltos sus asuntos terrenales son otros tantos datos para trazar su figura de *alma de oración*.

Puede considerarse también como muy peculiar de Santa Joaquina su *vocación a la suprema pureza*, a pesar de las apariencias que pueden hacer pensar lo contrario. Sus tristezas en los primeros tiempos del Matrimonio y sobre todo el ejemplo que fructificó en sus hijos son síntomas reveladores de cuánto representaba para ella de elevación a Dios el anhelo de no ser más que para El en cuerpo y alma.

No obstante, por sobre todas estas vocaciones, a las que su fidelidad por voluntad de Dios, no pudo ser materialmente exacta está su gran corazón. La caridad y el amor elevado por la gracia a la suprema virtud social y humana fué una de sus características tan distintivas que cualquier carta suya puede servirnos de ejemplo de como desbordaba su corazón en ansia del bien del prójimo, en cariño y en afectuosidad. Se conserva — por citar un ejemplo — una preciosa carta en la que nos muestra el gran castigo que prometía a una de sus hijas si no se portaba bien. Le decía que si no se corregía, no la querría tanto como la quería (2). Fuerte debía ser la amenaza ya que realmente fué suficiente medicina.

(1) T. Merton. *Semillas de Contemplación*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1952. p. 29

(2) *La Beata Madre Joaquina de Vedruna de Mas, Educadora..* p. 47.

Por otra parte el ansia por complacer a sus padres y parientes, el gusto por las obras de misericordia, la misma Fundación del Instituto, y su entrañable y vivida devoción a San Francisco de Asís nos podrían dar estupendas noticias, luego de un ligero análisis, de su corazón de esta auténtica *vocación de amor*.

III. - LOS SILLARES DE LA VIDA CRISTIANA

a) *El edificio de la voluntad.*

La voluntad que determina el querer, es aquello por lo que el hombre puede ser un santo. No es nuestra pequeña inteligencia la que fascina a Dios. Es esta divina posibilidad de desear, de querer infinitamente, la flecha que hiere su corazón. Ahora bien, el deseo para que no sea veleidad, la santidad para que no sea una farsa requiere un cultivo de virtudes. Es necesario edificar en el corazón una agradable morada para Dios con los sillares trabajados a los golpes de cincel de la autoeducación.

Posiblemente que si Santa Joaquina no se hubiera visto en la precisión de tener que formar las almas de sus novicias y de sus hijas careceríamos de noticias precisas acerca de como concebía la edificación de la fortaleza interior. Por suerte no es así. Poseemos un notable número de textos en cartas o otros testimonios verbales aducidos en los procesos de canonización que nos permiten tener una idea de como concebía ella la estrategia del alma. Si se nos permite reducir a unas pocas ideas, procurando no minimizar a la Santa, diré que el cuerpo del edificio viene representado por tres virtudes: la fortaleza, la humildad y la diligencia o espíritu de trabajo. «Del noviciado vienen los espíritus fuertes humildes, y diligentes» (1). Esta fortaleza se refiere a lo que también se ha llamado virilidad en oposición a un defecto que se supone más femenino que no masculino, y es la falta de entereza, la excesiva sensibilidad, el vano temor. La humildad, fundamento de las virtudes y de la santidad consiste en un saber situarse en el lugar propio sin desazones ni desmayos. La diligencia o espíritu de trabajo era tanto más necesaria cuanto que en aquellos tiempos no se daba al trabajo el valor que una auténtica espiritualidad cristiana debe darle.

Si realmente se salía del noviciado con estos pertrechos podía mirarse el porvenir con optimismo. Sin embargo era posible que esta educación no se lograra por falta de una base, de la suficiente sanidad espiritual y corporal. ¿Cómo puede pensar en ser fuerte una muchacha nerviosa, mal alimentada a la que nada hace provecho más que agitarse sin fin? ¿Qué diligencia puede tener durante el día la persona que por desorden o exceso de imaginación no respeta con firmeza las horas destinadas al descanso? ¿Qué humildad cabe en un alma melancólica, introvertida sin sentido social?. Por esto Santa Joaquina establece los fundamentos del edificio al insistir de un modo continuado en la alegría, signo el más claro de sanidad espí-

(1) Nonell ob. c II, 138

ritual (1), y en el orden, en el comer y en el dormir, condiciones indispensables para una salud corporal (2).

Con esto ya tenemos las paredes maestras fundamentadas sobre la piedra de la salud corporal y espiritual. Sobre esto viene la bóveda de las virtudes que se refieren a la vida cristiana de un modo específico, aunque sean virtudes de la voluntad.

Santa Joaquina quiere que las almas tengan una vida contemplativa. De aquí su insistencia en el ejercicio de la presencia de Dios base de la contemplación. «Nos hablaba muchísimo de la presencia de Dios, y quería que tuviésemos una fe vivísima» nos dicen sus Hijas. Y a continuación insisten: «En todos los trabajos que hacíamos, nos enseñaba el modo de tener la presencia de Dios Nuestro Señor» (3).

Sus novicias y ella misma habían de ser otra Marta preocupadas por los intereses de Jesús. De aquí el celo por la salvación de las almas. Así aleccionaba a sus novicias. «Nos exhortaba, – nos dice la testigo citada – que cuando estuviésemos en la clase mirásemos a las niñas como un montón de carbón apagado, y que cada una se figurase que Jesús le decía: – Míra este carbón, tú lo has de encender si quieres darme gloria...» (4).

El claustro, los votos, el hábito, la vida religiosa, en una palabra, fué su centro de atención constante. Ahora bien, el nervio de la vida religiosa por lo que se refiere a la voluntad, es sin duda la obediencia. La vida de Santa Joaquina nos da múltiples ejemplos. Muchos de ellos de heroica conformación. Cuando sus ideas parece que han de ser tergiversadas, alteradas y quizá su obra destruida, es ella la que previene la rebelión de sus hijas que se deshacían en protestas de amor a ella misma. «Hijas, ríndanse y obedezcan; que quien obedece siempre obra bien» (5).

Ya no queda más que la clave del edificio. En Santa Joaquina, como en todos los santos, la clave de la bóveda es siempre el amor de Dios. «Amadas hijas – escribía, – no dormir; amemos a Dios sin cesar. Sólo el Señor Criador de cielos y tierra debe ser nuestro descanso y consuelo. Amor, amor y más amor que nunca dice basta» (6).

Así quería Santa Joaquina que fueran sus religiosas y así era ella «terrible, cual escuadrón ordenado en batalla» (7).

b) El método pedagógico

Para lograr este bello edificio de virtudes que acabamos de describir y que podría ser completado como lo fué en realidad al modo como lo son los edificios de piedra que no están terminados al acabarse las paredes y al cubrir y cerrar las

(1) Cfr. en *La Beata Madre Joaquina de Vedruna de Mas, Educadora.*, el capít. dedicado a la alegría. pp. 51 ss

(2) Cfr. Nonell, ob. cit. II, 163: «Quiero ver en las Hermanas tres cualidades; que estén muy alegres, que coman bien y duerman mucho».

(3) Nonell, ob. cit. II, 164.

(4) Nonell ob. cit. II, 169.

(5) Sanz y Forés, ob. cit. 159.

(6) Sanz y Forés, ob. cit. 209.

(7) Cantar de los Cantares, 6, 4.

cúpulas, es necesario una educación, una pedagogía, que, conocedora de los fines, conozca también los medios, y así, por estos últimos llegue rápidamente y con seguridad a los primeros. La preocupación por la enseñanza y formación de sus alumnas que es un timbre de gloria para las Hermanas Carmelitas de la Caridad ha dado como fruto algunos estudios que ya hemos citado al principio y de los que vamos a tomar la mayor parte de ideas que siguen.

Puede decirse que el método formativo de Santa Joaquina es:

1.º Un método *activo* por cuanto que se preocupa de que la formación se logre por el ejercicio de las virtudes por el mismo formando que ha de ir aprendiendo a través de sus propios esfuerzos y errores.

2.º Un método *preventivo*, intentando buscar una solución a las dificultades antes de que estas puedan resultar peligrosas o perjudiciales.

3.º Un método *respetuoso*, tanto de la personalidad del educando, contra la cual el educador no tiene ningún derecho, como de la autoridad que a veces, en determinados métodos pedagógicos desequilibrados resulta particularmente conculcada dando origen a estas monstruosidades sociales del tipo del gamberrismo y

4.º Un método *amoroso*. Ya hemos citado algún ejemplo al hablar de las dominantes de su personalidad. Llegó en ésto a verdaderos extremos, sobre todo en la educación de sus novicias y de sus hijos, hasta poder parecer excesivo (1).

IV. - LOS HOMBRES Y LA HISTORIA EN LA VIDA CRISTIANA

Por vía de apéndice intentaré dar unas ligeras ideas acerca de los aspectos históricos y sociales que se manifiestan en el desarrollo de una vida cristiana concreta como es la de nuestra Santa.

Los hombres son fruto de la Historia en múltiples aspectos. Los hombres influyen en la Historia modificándola más o menos. Y sobre los hombres y la Historia el trazo de Dios providente da el sentido verdadero y auténtico a este agitarse del hormiguero humano, que constituye la vida de los pueblos y que pretende ser captado por la investigación histórica.

Sin duda alguna, Santa Joaquina fué hija de su siglo con todo lo que de bueno y de malo pueda esto significar. Un estudio de su vida y de su santidad ha de esforzarse en hacer comprender a los hombres actuales lo objetivo e inalterable de su grandeza, purificándola de la ganga en que va envuelta, producto normal de un ambiente que a nuestros ojos nos parece de poca categoría espiritual y aun humana. Es el gran problema de las vidas de los Santos que tantas veces nos parecen floñas, incongruentes, faltadas de auténtico calor humano. Los biógrafos deberían tener mayor cuidado cuando de santos se trata, para ambientarlos de acuerdo con la realidad y así tendríamos un retrato más correcto de sus vidas. Quizá también ésto pueda decirse de algunas biografías de Santa Joaquina. ¡Ojalá un buen escritor y biógrafo escribiera una vida de la Santa que no se les cayera de las manos a nuestros cristianos del siglo veinte! Y, puestos a pedir. Creo que sería extremada-

(1) *La Beata Madre Joaquina de Vedruna de Mas, Educadora...* pp. 43 ss.

mente interesante disponer de una vida adaptada a la juventud actual, en la cual se hicieran ver los mecanismos interiores, la forja de la voluntad, la entereza de una vida tan ejemplar para nuestras muchachas que andan buscando siempre los héroes a quien admirar, a quien imitar y a quien someter su inteligencia y su corazón. (1).

Me ha venido al pensamiento con frecuencia la idea de lo que hubiera sido Balmes si viviese en nuestros tiempos de mayor riqueza filosófica y cultural, él que en el desierto más espantoso edificó un oasis tan confortable. De un modo análogo en este despertar del sexo femenino hacia las más nobles y grandes empresas, ¡que compañera más ideal que la mujer fuerte de la Escritura plasmada en este ejemplo vivo de Santa Joaquina!

Si la Historia influyó en Santa Joaquina, sin duda, también Santa Joaquina influyó y sigue influyendo en ella. Es realmente providencial su figura en la conjuntura histórica en que acabábamos de perder los restos de nuestra brillante cultura del siglo de Oro, no gustábamos de la posición teocéntrica y casi teocrática que había sido el fundamento de nuestra unidad patriótica y estábamos enredados en las más inútiles y sangrientas guerras de un siglo de desórdenes. La caridad manifestada en los servicios de los hospitales, el anhelo por la educación de las niñas, la renovación del sentido de la vida religiosa en una mezcla de vida contemplativa y vida activa fueron tres aldabonazos fuertes en la conciencia de nuestro pueblo, que respondió noblemente, dando sus hijas para estos quehaceres, como lo prueba la expansión rápida del Instituto en pocos años.

Es en estas figuras donde palpamos la Providencia de Dios, donde podemos admirar los frutos sazonados de una formación cristiana dada por unos padres nobles de raza y de espíritu. Dios ilustra con estas figuras señeras el dogma de la *Comunión de los Santos* por lo que nuestro celo se aviva. Nos hace ver más clara la verdad de la conservación y el gobierno divino del mundo. Con ello nuestra confianza se refuerza y creemos en un porvenir divino. Dios aun es Señor de la Historia.

Con ésto llegamos al final de nuestra humilde aportación. Este trabajo es también fruto de la santidad de Santa Joaquina. La influencia social de los santos es considerable. Por ello la Iglesia no escatima el tiempo en los procesos de canonización, ni cree que sea contribución perdida la que los hombres presten a trabajos de esta índole. En la sociedad cristiana, en la Iglesia, un Santo es un lucero más, no para adorno solamente, sino para repetirnos una vez más que la Iglesia es santa y por ello divina y verdadera. Los Santos nos muestran el camino porque su santidad no es más que la vida cristiana llevada a las últimas consecuencias. Los santos han leído el Evangelio sin glosas y por esto han llegado a la última página. Nosotros tenemos la cabeza llena de comentarios. Nuestra vida es cristiana, pero poco. Falta profundidad, falta grandeza. Que nos quede por lo menos la admiración hacia estos héroes, los Santos, que, sin duda, la admiración es el primer paso hacia la imitación.

SALVADOR REGUANT SERRA, pbio.

(1) Cfr para este aspecto y algunos otros tratados en este trabajo. J. Iturriz, S. J. *Nuestra Juventud* Razón y Fe. Mayo, 1959 pp 453-464.